

nerse a los criollos realistas y expulsar de Saint-Domingue a las fuerzas británicas y españolas. Esta última etapa del conflicto tuvo como principales consecuencias la salida de la mayoría de los blancos que aún permanecían en la colonia y la progresiva consolidación del liderazgo, primero militar y luego político, de Toussaint-Louverture<sup>14</sup>.

La práctica eliminación del sector blanco y el bloqueo naval impuesto por Inglaterra a Francia determinaron que, entre 1798 y 1802, Saint-Domingue consiguiera una autonomía *de facto* respecto a la metrópoli<sup>15</sup>. Este extremo es especialmente patente a partir de 1800, cuando Toussaint reciba el nombramiento de gobernador, imponiéndose al sector mulato, cuyo líder Rigaud hubo de exiliarse. La ocupación de la parte este de la isla —cedida a Francia por España en 1795, a raíz del Tratado de Basilea— y la promulgación de una constitución autonómica, en julio de 1801, que nombraba a Toussaint gobernador vitalicio, profundizaron el nivel de autogobierno de la colonia, si bien se reconocía todavía la soberanía nominal de la antigua metrópoli.

Esta situación chocaba frontalmente con los proyectos de Napoleón de hacer de Haití el centro de un reconstituido imperio francés en la región. En este contexto, la Paz de Amiens en 1802, que supuso un breve paréntesis a las hostilidades con Inglaterra, permitió a Francia tratar de recuperar el control de la colonia, mediante el envío de un cuerpo expedicionario de 23.000 hombres bajo el mando del general Víctor Emmanuel Leclerc, cuñado del propio Bonaparte<sup>16</sup>. Leclerc logró detener a Toussaint, que fue encarcelado en Francia, donde perecería en abril de 1803. Ello no puso fin a la resistencia de la mayoría de la población al restablecimiento del Antiguo Régimen, que fue contestada por las nuevas autoridades coloniales con una fuerte represión. A partir de octubre de 1802, los combates se generalizaron por toda la isla, mientras los principales líderes negros y mulatos —Petion, Clervaux, Christophe y Dessalines— iban abandonando la ambigüedad hacia la metrópoli para declararse a favor de la independencia. En mayo de 1803, el Congreso de Arcahaie consagró como objetivo de los insurgentes la independencia de Saint-Domingue bajo el liderazgo de Dessalines. Mientras tanto, la fiebre amarilla y la guerra de guerrillas fueron debilitando la resistencia del cuerpo expedicionario francés que, en noviembre, se

<sup>14</sup> A. Césaire, op. cit., pp. 273-306.

<sup>15</sup> El proceso puede seguirse en T. O. Ott, op. cit., pp. 100-120.

<sup>16</sup> Sobre la expedición de Leclerc y sus vicisitudes, vid. A. Césaire, *La Révolution Française et le Problème Colonial, Paris, Présence Africaine, 1961*.

vio obligado a capitular y a abandonar sus últimas posiciones en la antigua colonia.

La derrota de Francia dio lugar al surgimiento de un nuevo Estado soberano, dirigido por antiguos esclavos y libertos. El Acta de Independencia firmada en Gonaïves en enero de 1804 consagraba la independencia de Haití, si bien el nuevo Estado no comenzaría a conformarse como tal hasta la proclamación del Imperio Haitiano, en septiembre de ese mismo año, tras la coronación de Dessalines como Jacques I.

### **La significación de la Revolución Haitiana en el continente americano**

La significación histórica del proceso revolucionario que tuvo lugar en Saint-Domingue suele confundirse con las repercusiones de la Revolución Francesa en su lectura más simple. La gran revolución antiesclavista forma una parte relativamente autónoma de la francesa. Ambos procesos se influenciaron recíprocamente y su conjunción ejerció una influencia considerable sobre todo el continente americano.

La Revolución Francesa propagó una serie de esperanzas entre los sectores burgueses emergentes. La haitiana despertó una comprensible alarma entre los mismos. No es extraño. La esclavitud de los africanos y de sus descendientes se extendía por todo el continente americano. Como ha destacado Rolando Mellafé, el trabajo esclavo estaba presente en la producción de azúcares y mieles, cacao y café, tabaco y algodón; en los socavones de las minas y en la construcción de fortalezas, edificios públicos y privados, en el trazo de los caminos, en el servicio de misiones y conventos y de cuanto producía algún bien y servicio en aquellas óptimas colonias españolas, inglesas, francesas y holandesas<sup>17</sup>. Desde luego, la importancia de la esclavitud no era la misma en todas las regiones americanas. Su principal incidencia tenía lugar en toda el área circuncaribe y en el Brasil.

Desde el siglo XVII, se había desarrollado en estas regiones una agricultura de plantación, sostenida por un intenso tráfico negrero, que había contribuido de manera importante al proceso de acumulación capitalista en algunos países de Europa Occidental. De ahí, el importante impacto de la revolución antiesclavista de Saint-Domingue sobre la conciencia colectiva de las sociedades coloniales americanas y euro-

<sup>17</sup> Rolando Mellafé, *La esclavitud en Hispanoamérica, Buenos Aires, EUDEBA, 1972.*

peas. Hasta entonces las revueltas de esclavos habían tenido poca trascendencia. La fuga y el cimarronaje habían constituido las únicas manifestaciones de este proceso. La revolución antiesclavista de Saint-Domingue abrió una nueva perspectiva.

Las colonias hispanas en el Caribe fueron las primeras en inquietarse por la rebelión anticolonial y antiesclavista. Su preocupación se refleja desde noviembre de 1791 en la «Representación hecha a su majestad con motivo de la sublevación de esclavos en los dominios franceses de la isla de Santo Domingo»<sup>18</sup>. El gobierno español, por su parte, instruyó pronto a las autoridades coloniales de México, Nueva Granada, Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo sobre la conducta a seguir ante tan «grave asunto», a saber, neutralidad respecto al conflicto de los colonos blancos de Saint-Domingue con su metrópoli, pero auxilio a los blancos frente a la rebelión de los esclavos<sup>19</sup>. Ello implicó el establecimiento de un cordón militar en la frontera entre la parte occidental y oriental de la isla de Santo Domingo.

El eco de la revuelta esclavista se dejó sentir también en los Estados Unidos, en donde las ideas abolicionistas habían arraigado entre cuáqueros y metodistas, que fundaron sociedades a favor de la erradicación de la esclavitud, en gran medida inspirados por la campaña de Wilberforce en Inglaterra y las actividades de la Sociedad de Amigos de los Negros en Francia. En este sentido, algunas voces aisladas manifestaron su simpatía por el proceso que se desarrollaba en Saint-Domingue, como la de David Rice, miembro del Legislativo de Kentucky, quien en 1792 había declarado que los esclavos de Saint-Domingue «estaban comprometidos en un noble conflicto». Con todo, la posición predominante fue de profundo temor hacia un proceso que cuestionaba las bases mismas de la organización socioeconómica de la región. Las sublevaciones de esclavos en las plantaciones de la Louisiana en los años de 1794 y 1795 acentuaron esa alarma.

La expulsión de ingleses y españoles de Saint-Domingue entre 1795 y 1798, la ocupación de la parte occidental de la isla por un triunfante Toussaint Louverture en 1801 y la derrota en 1803 del cuerpo expedicionario enviado por Napoleón para restablecer el control francés sobre su antigua colonia, supusieron el definitivo triunfo de la Revolución

<sup>18</sup> Francisco de Arango y Parreño, Obras, *La Habana, Ministerio de Educación, 1952, pp. 109-113.*

<sup>19</sup> José L. Franco, Documentos para la historia de Venezuela existentes en el archivo nacional de Cuba, *La Habana, Archivo Nacional de Cuba, 1960, pp. IX y X.*

Haitiana. La república fundada en 1803 por mulatos y negros, en su mayor parte ex esclavos, echaba por tierra uno de los grandes mitos del poder blanco. Esto es, que los seres humanos de piel oscura no tenían las capacidades y condiciones elementales para el autogobierno.

Ello desató una fuerte campaña de propaganda en Europa y América con la intención de difundir una imagen catastrofista de la Revolución Haitiana y sus líderes. Entre las numerosas manifestaciones de esta corriente sobresale un extenso folleto dedicado a Dessalines, primer gobernante la recién constituida república haitiana<sup>20</sup>. Tras enumerar los horrores cometidos por los antiguos esclavos, el folleto indicaba de modo aleccionador que «la desunión de los nativos blancos de aquella isla había sido una de las causas de que los negros se apoderaran de ella y que ellos pereciesen en sus infames manos». En este sentido, la obra exhortaba a la unidad de todos los sectores blancos de las colonias «donde había negros y otras castas». Ello ponía de manifiesto la instrumentalización de la Revolución Haitiana por las potencias coloniales europeas para aplacar el creciente descontento de los sectores criollos de la sociedad colonial con la amenaza de una guerra de racial, que pusiera en cuestión el predominio socioeconómico de estos grupos.

Esta imagen no fue obstáculo para que Haití jugara un papel de cierto relieve, una vez desencadenado el proceso de emancipación en una gran parte del imperio colonial español. Los dirigentes haitianos creyeron que una política de solidaridad con los movimientos independentistas emergentes podía facilitar la consolidación del nuevo Estado. No resulta extraño, por tanto, que varios dirigentes independentistas hispanoamericanos buscaran ayuda en Haití. En este sentido, Dessalines permitió abastecerse en Jacmel a la expedición de Francisco Miranda a Venezuela en 1806. Henri Christophe y Alexandre Petion —que dirigían los dos Estados en los que se dividió transitoriamente Haití en 1811— se mostraron dispuestos a atender los requerimientos formulados por los insurgentes mexicanos entre 1813 y 1814. Es bien conocida asimismo la ayuda prestada por Petion a las expediciones de Francisco Xavier Mina a México y a las dos emprendidas por Simón Bolívar a Venezuela<sup>21</sup>. Menos conocida es, sin embargo, la marginación interna-

<sup>20</sup> Vida de J. J. de Dessalines. Jefe de los negros de Santo Domingo; con notas muy circunstanciales sobre el origen, carácter y atrocidades de los principales jefes de aquellos rebeldes desde el principio de la intervención de 1791, *México, Miguel Ángel Porrúa, 1993 [1806]*.

<sup>21</sup> *Sobre el papel de Haití en el proceso de emancipación hispano-americano vid. E. Córdoba-Bello, La independencia de Haití y su influencia en Hispanoamérica, Caracas, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1967.*

cional sufrida por Haití tras la independencia de la mayor parte de la América continental. A la postre, las nuevas repúblicas hispanoamericanas vinieron a coincidir con la antigua metrópoli colonial en los mismos prejuicios raciales frente a la Revolución Haitiana y el Estado construido por los antiguos esclavos.

Estos prejuicios resultaron especialmente fuertes en las Antillas, donde la experiencia haitiana contribuyó paradójicamente a consolidar la dominación europea en el Caribe. De este modo, cuando en abril de 1811 las Cortes de Cádiz iniciaron el debate de las proposiciones presentadas por José Miguel Guridi y Alcocer –solicitando la gradual abolición del tráfico esclavista– y por Agustín de Argüelles –dirigida a erradicar la importación de esclavos a las colonias hispanas– se produjo una fuerte reacción en La Habana que unió a peninsulares y criollos en la defensa del orden colonial como garante del régimen esclavista. El movimiento, que tuvo su principal exponente en el dirigente criollo Francisco de Arango y Parreño, frustró cualquier posible reforma del régimen esclavista y determinó, en definitiva, que las Antillas se apartaran de los movimientos emancipadores desatados en el resto del continente.

No sólo España, sino también Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Holanda y Dinamarca, que poseían colonias en el Caribe, contemplaron con suma inquietud la creación y consolidación de un Estado libre en la región, bajo el liderazgo de antiguos esclavos y hombres de color, que, en definitiva, desafiaba la validez de los prejuicios raciales que constituían la justificación ideológica del orden colonial en esta región. Ello determinó que el nuevo Estado no fuera reconocido hasta mediados de la década de 1820, reconocimiento que en el caso de los Estados Unidos se dilataría hasta 1862. La hostilidad de las potencias coloniales y el aislamiento internacional al que fue sometida la nueva nación, impidieron que Haití pudiera desempeñar un papel activo en el proceso de emancipación de las masas de esclavos que existían en el resto del Caribe. Esta situación no evitó que la experiencia haitiana acabara convirtiéndose en un referente –tanto práctico como mítico– para la población esclava de toda la región, contribuyendo a desencadenar las numerosas revueltas de esclavos que jalonaron la historia del Caribe durante la primera mitad del siglo XIX y que terminarían por precipitar la crisis del régimen esclavista y del propio orden colonial asociado al mismo.